

M A D R I D.
En el Deposito Cartografico,
Paseo, calle de Preciados.

EL REFLEJO,

PROVINCIAS.
En las principales li-
brerías.

REVISTA SEMANAL

Sale todos los jueves á mediodía, y da mensualmente dos ó tres láminas en acero.

El precio de suscripcion para Madrid es 12 rs. al mes y 30 por trimestre. Para las provincias 40 rs. por trimestre si se verifica el abono en las respectivas librerías; y 30 si se hace la suscripcion en el Deposito Cartografico en esta corte, ó se remite franco de porte su valor en letra, ó libranza sobre correos, á la órden del Director del Reflejo.
Sin láminas 6 rs. al mes en Madrid. Para las provincias 24 ó 30 por trimestre segun el modo de verificar la suscripcion.

LOS ULTIMOS AMORES.

IV.



CASO no pesará á nuestros lectores el conocer mas á fondo á la dueña Quitéria, de cuyas artes mágicas han oido á don Diego y á Serafina hacer grandes encarecimientos. Sirvanse pues entrar con nosotros en la misma taberna, en que pasaron los primeros coloquios de esta no peregrina historia, y oirán la estraña conversacion que seguia con Mariquilla la Pelona, su linda sobrina, y con el travieso Tomasillo, el disponedor de las cerraduras y conciertos nocturnos.

«Maraña de mis pecados! Cuando te convencerás de que la esperiencia es madre de la ciencia, y de que tu tia, que te ha sabido acomodar honestamente con el señor Juan, no te aconsejaria cosa ninguna que pudiese estar mal á tu sangre.

—Cierto que no, replicó Tomasillo; y no dice mal mi estimable dueña y señora doña Quitéria: la pura y limpia alcurnia de Mariquilla no se empañaba con acceder á nuestra demanda.

—Mas teneis de deslenguado y socarron que de discreto y atento, seor paje; y no porque veais á esa pobre paloma detrás de un mostrador y entre pellejos, os vayais á figurar que no nació en buenos pañales.

—Permitidme que os interrumpa, pues asi era mi ánimo traer á colacion el abolorio de la susodicha Marica, como el de privarme de la buena opinion que siempre he merecido á la amable y pundonorosa dueña, por la que estoy resuelto á hacer cuantos buenos oficios se me demanden. Repito y concluyo diciendo, que á entrambas estimo y venero con la estimacion y veneracion que cabe en alma de paje; ni me olvido yo que por las niñas de esos ojos he padecido mas de cuatro tentaciones pecaminosas; ni mucho menos que vuestra caridad, mi amabilísima dueña, ha socorrido en algunas ocasiones con sendos maravéldises mis estrujados bolsillos. Solo una partida me habeis jugado, que necesito toda la longanimidad de mi alma para dispensárosela.

—Y cuál es la partidilla que os escuece?

—La de haber entregado esa inocente paloma, como vos la llamais, al buho mas feo de la provincia.

—Pero olvidais que ese buho tenia un nido cómodo y agradable que ofrecer á su pareja, mientras que vos estais á la merced de los que os hacen andar como caballería de reata? Debiérais agradecerme que miré por su bien, y que aseguré su porvenir; y en verdad, en verdad, señor escudero, que el cura párroco tiene mas culpa en lo que vos llamais contratiempo, que la que á mi me cabe, bien que ninguno la tenga en este caso, puesto que aunque os hemos quitado la esperanza de conseguirla como esposa, os hemos acrecentado los deseos de poseerla como amante, y aun facilitado la conquista.

—Cómo es eso? tía; preguntó vivamente Mariquilla, que hasta entonces había permanecido pensativa y escuchando maquinalmente la conversación.

—Como son otras muchas cosas, sobrinita. La privación es causa del apetito. Basta que haya una prohibición para que se nos despierte el deseo de comer del fruto prohibido. Tal ejemplo nos dejó aquella Eva de mis pecados, por quien nos vemos en este pícaro mundo remanado como negras. Y para qué? Para llegar á viejas, que es la mayor calamidad de cuantas calamidades pueden afligir á quien tiene entendido que fué bonita, memoria de que se lo dijeron, y esperanzas de que no se lo volverán á repetir!

—Poco á poco, que, mientras haya galanes como Tomasillo, no habrá nunca dueña desatendida, ni vieja que lo sea.

—Señor Tomás, dijo entonces Mariquilla, clavando en el paje una dulce y penetrante mirada, en la que se hubieran podido traslucir por algun fisiólogo consumado las ansias secretas que sin duda atormentaban á la pobre muchacha por comer de aquel fruto prohibido de que hablaba la dueña. Quereis decirme que interés teneis vos en que consienta en favorecer los planes de don Diego?

—Voy á explicároslo, prenda. Desde que os tiene encastillada ese celoso dueño que os llama suya, apenas se me depara el gusto de veros como no sea de refilón, y al paso, y aun para eso aprovechando los breves momentos que bajais á la tienda; y esta vida no es para sacar de penas á ningun condenado, como yo, á morir por esos cuartos: y en el caso en que consintais en acompañar á la marquesita, como pienso tambien entrar en la servidumbre, imaginome que no nos han de faltar ratos de desahogo, y tiempo para confesarnos y absolvernos de nuestras culpas, siempre que nos asista la fé necesaria para encontrarnos en los callejones de la casa del marqués, y el propósito de la enmienda de nuestra timidez, compostura y recato; con el cual se ganará la vida eterna, pero perdiendo la salud y la paciencia; y con lo que engordará el alma, pero quedando el cuerpo delgado y flaco, como verbi-gracia, que dice el tío Juan, el mio, que pudiera bañarse desahogadamente en cualquiera de sus vasijas de vino.

—Vive Dios! que abogais por la causa de don Diego con mas talento y eficacia que el que yo me imaginaba; y que no hay letrado que presente tan fuertes argumentos para convencer á una muchacha, como un galan enamorado.

—Verdad es que me siento inclinada á com-

placeros, que al fin, tía, vos me lo suplicais... y.

—Y..... tú no sabes negarme nada..... Ya lo ois, Tomasillo!

—Ademas, me interesan las penas de don Diego.

—Y mas os conmoviera, si le vieseis, aun no restablecido de su mortal herida, pasar la noche en vela, delirante, llamando con tristes y plañideras voces á su adorada é ingrata Serafina, y revolcándose en la cama como un verdadero enérgumeno.

—Sí, sí: yo no dudo sino por mi marido, que extrañará.....

—Ya te dicho que yo me encargo de convencerle. En primer lugar ahora tiene que hacer un viajecillo á la Mancha á la compra de vinos. Don Diego lo ofrece doscientos escudos solo porque te permita durante un mes asistir al servicio del marqués de Jódar, que pasa á Aranjuez con su sobrina, como de la servidumbre de la reina, en esta jornada de primavera. De modo que al regresar de su expedición el señor Juan ya te encontrará en su casa.

—Y en su bolsillo los doscientos escudos, añadió el paje.

—Esa es cuenta para él. En fin, si vos os comprometéis á obtener su permiso..... lo que es por mí.....

—Pues entonces todo está corriente, dijo la dueña levántandose, y dejando caer sobre su frente la larga toca que la ceñía.

—Supongo, que no será para nada malo para lo que se necesite de mi asistencia?

—No, Marica de mis ojos, exclamó Tomasillo. Cuanto se exige de tí es que ni veas ni oigas, ni hables una sola palabra. Quiero decir que te hagas la ciega para permitir á don Diego alguna entradilla oculta á ver á su adorado tormento; que te hagas la sorda, si por alguna casualidad algun grito de sorpresa ó de temor de la inocente Serafina te llamase á su lado; y que seas muda, si por desgracia el marqués, que no gasta los mayores cumplidos, te amonestase amigablemente con alguna daga al pecho, ó prometiéndote alguna jaula en la galera el que descubrieseis nuestras sencillas maquinaciones.

—Verdad es cuanto asegura el paje, y á fé de dueña y de honrada, y de doncella apesar de mis años, que así consentiré yo que toquen un pelo de mi marquesita, como que me arranquen las dos últimas y únicas muelas que aun me ayudan á tragar saliva.

—En este mundo no se hace otra cosa.

—En una palabra, sobrinita, cuando mujeres como yo toman cartas en una partida es prueba de que la conciencia no se opone á ello. Aquí no se trata sino de asegurar la suerte de esa mal

aconsejada doucellita, á quien los pocos años y los negros mostachos de un galanteo han sorbido los cascos, haciéndola desdeñar las nobles prendas y la sesuda correspondencia de don Diego. Nosotros queremos ponerla en buen camino.

—Aun menos que eso, madre mía, interrumpió el paje. Nosotros lo que únicamente deseamos es quitar estorbos para que don Diego la lleve por el camino que mejor se le antoje.

—Y no podrá menos de antojársele bueno, puesto que sus sentimientos lo son y su fin igualmente! La oposicion que encuentra en el marqués, que le aborreco de muerte, le ha hecho decidirse á intentar este medio violento.

—Pero ello es que se trata de un rapto!

—No debes dar ese nombre á su amorosa tentativa. Trata sí de apoderarse de Serafina, y de huir con ella hasta un lugar seguro en que hacerla su esposa. Qué mujer no ha compadecido á los amantes infelices! qué corazón no se interesa por un hombre que se arriesga á tan comprometidos lances, impulsado únicamente por una pasión profunda y dominadora! Ay! Mariquilla, que sesenta inviernos no han helado todavía en el corazón de tu tía Quiteria la dulce llama.....

—Dueña, reina y señora de todas las dueñas, no prosigais porque también me deshago como vos, y no es justo que tres personas de nuestra estofa se pongan á lamentar y á jimotear como tres chiquillos cuitas ajenas, cuando el que mas y el que menos necesita toda su alma para las propias.»

Suspiró la dueña tristemente, siguió suspirando Mariquilla mas tristemente todavía, y concluyó el eco de aquellos dos suspiros otro aun mas triste todavía del travieso Tomasillo.

Trocaron miradas, estrecháronse afectuosamente la manos, la dueña á Marica, Marica á la dueña, y el paje á entrambas, despidiéndose y quedando tan amigos, como lo quedan siempre las criadas, los pajes y las dueñas.

G. ROMERO LARRAÑAGA.

PENSAMIENTOS RELIJIOSOS.



L que se siente herido lleva continuamente su mano á la llaga; el que se apodera fuertemente de una idea revuelve sobre ella mil veces; y hé ahí porque oímos por todas partes y porque nosotros en todas partes repetimos: Siglo es este de transición, siglo de espantable magnificencia! Por ello quien hoy se emplease en

escribir hermosas bagatelas, flores que brillan y mueren, halagan pero no alimentan, sembraría al insensato que bailase riendo en el borde de un volcan, ó al imbécil que puesto en pie en la cumbre de los Andes mirase á tierra, mientras tenia un Océano que contemplar estendido á sus pies, y todo un cielo desarrollado sobre su cabeza.

Ahora, en la época presente, que existe un gran combate en el mundo político y en el mundo moral, que se despliega á nuestros ojos un horizonte inmenso, que la humanidad al parecer va á dar un paso y á transformarse, ahora es cuando debemos principalmente los hombres ocuparnos en graves y profundas meditaciones.

La religión y la historia! Hé ahí los estudios importantes, y por excelencia sublimes. La religión explica la historia, la historia prueba la religión.

Cuán hermoso es, á la manera que los antiguos agoreros buscaban lo futuro en las entrañas de la víctima, buscar en las entrañas de los siglos que han pasado la historia de los siglos que han de venir! Cuán sublime, preguntar los principios que vivifican el mundo moral al mismo autor del hombre y de la sociedad!

Esas revoluciones que arrebatan á algunos reyes sus coronas, y mudan las costumbres de los pueblos, tremendo espectáculo! pasmosas transformaciones! són sangrientos juguetes del acaso, que es la filosofía del ateísmo, ó són obra meditada de la Providencia, que es la filosofía de la religión? Esa religión divina que bajó del cielo cuando Dios hizo el mundo, que ha atravesado los siglos ilustre vencedora de Diocleciano, que la perseguía á nombre de todos los dioses, y del siglo XVIII que la acometió á nombre de la nada, hizo en efecto libres al hombre y á la sociedad, esclavos aquel de pasiones sin freno, y esta de leyes atroces, consecuencia necesaria del politeísmo? Tiene en sí propia esa religión bastantes elementos con el conocimiento y amor de Dios, la esperanza y temor de una vida futura, y los principios que abriga en su seno de todas las ciencias sociales para ser poderosa, si se la conoce y observa cual es debido, á mejorar el corazón, á ilustrar el entendimiento del hombre hasta el punto de darle la perfectibilidad de que es susceptible la humana naturaleza? Si la sociedad es obra de Dios, si como tal ha debido recibir precisamente de su mano leyes eternas, ó lo que vale lo mismo, elementos necesarios para vivir y perfeccionarse, cómo acontece que hollándolas, ó bien se despedaza la autoridad, ó bien se ahoga la libertad, naciendo de aquí el despotismo ó la anarquía? De qué forma, y merced á la luz y al fuego santo de la religión de

Jesucristo, y apoyados en su altar, se mejorará é iluminará el entendimiento y corazón humano, y andarán juntos el orden y la libertad, llegando por fin á alcanzar sus gloriosos destinos la progresiva humanidad?

Ved cuestiones altamente importantes y sublimes: para nosotros que nada vemos fuera de la religión, y vemos en ella, ó por ella, cuanto hay de magnífico y de hermoso, están resueltas en el fondo esas cuestiones. Pero si acometiésemos demostrarlas, sentiríamos al instante que no eramos ingenios favorecidos del cielo, y se nos caería la pluma de la mano, asombrado el ánimo con su grandeza.

A. APARICI.

LAS MUJERES EN LA EDAD MEDIA.



Observamos las mujeres de la edad media las veremos rodeadas de cierta especie de culto, de un respeto caballeresco, de que se hacian dignas á causa de la alta perfección moral que acababan de alcanzar, y habia sido preparada por la educación monástica que recibieran durante los siglos precedentes.

Parece que las mujeres de esta época habian tomado por modelo de su vida la de la Virgen, y que hicieron de algunas líneas del Evangelio la regla principal de sus acciones.

No fue llamada la mujer desde un principio á esa elevación que llegó á conseguir después. Las primeras palabras que le fueron dirigidas por el cristianismo debian por el contrario recordarle su dependencia:

«Si ha recibido la mujer largos cabellos, dice el Apostol, ha sido para que puedan servirle de velo, porque no es al hombre á quien corresponde llevarle. El hombre es la gloria de Dios, la mujer es la gloria del hombre. Por consiguiente debe ella aprender en silencio con toda sumisión; no enseñar ni dominar al hombre, sino permanecer silenciosa.»

Santificando al matrimonio el cristianismo, enseñó sin embargo á desdeñarle, porque quería se imitase en la madre del Salvador mas bien á la virgen que á la madre; quería que la esposa se ocupara mas bien de la felicidad celeste que de la dicha que encontraba en la maternidad. Las vírgenes fueron las criaturas privile-

giadas, y los monasterios recibieron á sus discípulas queridas, que fueron revestidas de todas las gracias morales.

En un principio el trabajo de manos fue la única ocupación de las esposas del Señor; con el tiempo, por temor de que algunos pensamientos profanos se apoderasen de su espíritu, se las ocupó en leer y escribir la palabra de Dios: se les hizo leer el Nuevo Testamento, se les hizo escribir la vida de los Santos. De este modo fueron tan piadosas como sábias; la santidad era su objeto. En lo sucesivo llegaron á ser escuelas los monasterios, y aquellas santas celibes, que ignoraban la dulzura de la maternidad, volvieron á hallar el instinto de esta á la vista de los niños que iban á ellas á buscar el alimento del cuerpo y las luces del espíritu. Algunas se resistian aun á esta bondadosa caridad y permanecian ocupadas enteramente en la contemplación y saber de Dios. Así es que muchas de ellas gozaron en aquel tiempo de una gran reputación, y brillaron cual Santa Teresa por su profunda ciencia.

Una de las razones, que contribuyeron mas á los progresos espirituales de las religiosas, fue la proximidad de los monasterios de los hombres á los de las mujeres. Mucho se han censurado los abusos que resultaron de esta vecindad, abusos torpes que apenas puede darse asenso á ellos, si atendemos á la severa disciplina y recato que reja en la apariencia á aquellas comunidades religiosas. Pero aun prescindiendo de esta relación, ello es cierto que las monjas tomaban del austero ascetismo de los hombres los medios de elevarse á las cosas divinas, al paso que ellos templaban su gravedad por las gracias morales de las mujeres.

Acia la época de la primera cruzada, colocó el entusiasmo á la mujer superior al hombre. Formáronse algunas abadías compuestas de una comunidad de hombres y otra de mujeres, en las que la dirección espiritual y temporal estaba sometida á una abadesa. A esta pertenecía el derecho de castigar y hacer gracia; á ella estaba cometida la administración de todos los bienes de la orden. Esta fundación fue inspirada por una palabra del Evangelio, cuando Jesus dijo á san Juan de lo alto de la Cruz señalándole á la Virgen:

—Vé ahí á tu madre!

A esta época debe referirse tambien aquella en que la mujer comenzó á reinar por el amor en los palacios y en las córtes. Desde este momento se complació el hombre en abdicar su poder y depositarle entre las manos de la mujer amada. Créase muy dichoso en obedecer donde podia mandar.

La edad media cristiana parecia despreciar el

matrimonio; le consideraba al menos como un pecado venial, y pensaba que el amor no podía existir entre esposos. Por otra parte, entre los dos tipos creados por el cristianismo, la virgen y la madre, la virgen tuvo siempre la preferencia. Resta saber si la mujer, no aparece quizá más interesante cuando se la ve representada con toda su gracia, en toda su pureza, es decir, cuando tiene un niño en sus brazos, que cuando se eleva devota al empireo celeste para hallar en él la luz divina?

LA SIRENA.

VIDA DE JESUCRISTO.

(Continuacion.)

LA TENTACION.



O había aun cumplido los treinta años, cuando dejó Jesus á Nazareth, y vino, confundido entre la multitud de pecadores, á pedir á Juan el bautismo que administraba en las orillas del Jordan. Y, apenas hubo esparcido Juan por cima de la cabeza del Salvador el agua bautismal, bajó sobre él el Espíritu-Santo en figura de paloma, y se oyó esta voz del cielo: «Tú eres mi hijo el amado; en tí me he complacido.» Jesus se retiró en seguida al desierto, donde pasó cuarenta días y cuarenta noches en la oracion y en el ayuno; al cabo de cuyo tiempo la naturaleza humana recobró sus derechos, pues Jesus tuvo hambre. El demonio entonces se acercó á él, y le dijo: «Si hijo de Dios eres, di que estas piedras se hagan panes.» Jesus se contentó con responderle: «No de solo pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios.»

Poco satisfecho con esta respuesta, transportó el demonio á Jesus á una almena elevada del templo de Jerusalem, y le dijo: «Si eres el hijo de Dios, echate de aquí abajo; porque escrito está que á sus ángeles mandó de tí que te guarden, y que te sostengan en sus manos, para que no hieras tu pié en alguna piedra.» A cuyo testo de la escritura respondió Jesus con este otro: «No tentarás al señor tu Dios.» No desanimándose con esta segunda derrota el diablo, tomó á Jesus y le llevó á la cima de una alta montaña, y, mostrándole desde allí todos los reinos de la redondez de la tierra con sus riquezas y su magnificencia, le dijo: «Te daré todo este poder y

la gloria de ellos; porque á mí se me han dado y á quien quiero los doy. Por tanto, si postrado me adorares, serán todos tuyos.» A estas palabras, alzando la frente Jesus, exclamó: «Vete, Satanás; porque escrito está: A tu señor Dios adorarás y á él solo servirás.

Avergonzado de haber sido vencido hasta tercera vez, fue á ocultar el demonio su afrenta al fondo de los infiernos; y los ángeles, testigos del combate y de la victoria de Jesus, bajaron y le sirvieron cuanto habia menester como hombre.

EL MILAGRO DE CANÁ.



OS cuarenta días que pasó Jesus en el desierto fueron para su tierna madre cuarenta siglos de tormento y de angustia. San José había un año que habia muerto; y ella se veía sola para sobrellevar todo el peso de su dolor, para llorar á su hijo muy amado, espuesto á la ferocidad de las bestias salvajes, á la violencia de los huracanes, á los tormentos del hambre; así, cuando Jesus volvió á Nazareth, fué su presencia para Maria cual para la madre desconsolada la vuelta del pescador despues de la tempestad.

Pocos dias despues se celebraron unas bodas en Caná de Galilea; estaba allí Maria como parienta que era de los esposos, y fué tambien convidado Jesus y sus cuatro primeros discípulos. El Salvador quiso asistir á esta fiesta de familia, para aprobar con su presencia el matrimonio, que no era todavia un sacramento. La mas dulce alegría animaba á todos los convidados. Aunque pobres, nada habian descuidado los esposos para dar á esta fiesta el grado de esplendor que pedian las costumbres del pais. La llegada de algunos parientes, con quienes no se habia contado, hizo que al final de la comida llegase á faltar el vino; Maria fué la primera que advirtió la tristeza del esposo; y, como era tan infinitamente buena, inclinó la cabeza ácia su hijo, y le dijo en voz baja y con marcada intencion: «No tienen vino!» Comprendiólo Jesus; mas sin embargo, respondió á su madre: «Mujer, qué nos vá á mí y á tí? aun no es llegada mi hora. Esta respuesta, dura en la apariencia, no desconcertó á Maria; asi es que no dejó de esperar menos la manifestacion inmediata del poder de su hijo; bien podia, pensaba ella en su interior, adelantar por consideracion mia la hora en que debe ilustrar al mundo acerca de su divino carácter; por eso dijo de él á los que servian: «Haced cuanto mi hijo os dijere.»

Jesus no podia rehusar á su madre el prime-

ro de sus milagros; debíasele otorgar, aunque no fuese mas que en agradecimiento por los tiernos cuidados de que habia rodeado su juventud; así que hizo llenar de agua seis grandes urnas que habia de piedra, y al instante esta agua diáfana se halló convertida en un vino delicioso. Este primer milagro hizo la gloria del Hombre-Dios, y sirvió para atraerse mas fuertemente á sus discípulos, que comenzaron desde entonces á creer en la mision sublime del Salvador.

LA PESCA MILAGROSA.

PARA sustraerse á las persecuciones de los fariseos, dejó Jesus á Jerusalem donde los corazones no estaban dispuestos todavia á recibir al Mesías. Recorrió los cantones, las aldeas, los lugares, en los que encontró menos ciencia, menos pedantismo, pero tambien mas sencillez, mas buena fé. En este viaje fué cuando instituyó el bautismo que hacia administrar por sus discípulos, que era diferente del de san Juan, pues era el bautismo del agua y del Espíritu-Santo, es decir, el bautismo de la rejeneracion en Dios. Desde entonces, el pueblo, atraído por el ascendiente irresistible que daba á Jesus su palabra elocuente y la manifestacion palpable de su poder, se atropellaba á él en los sitios en que predicaba el Evangelio de la penitencia.

Aconteció que paseándose un dia por la orilla del lago de Tiberiades, ó mar de Galilea,

creció de tal manera el número de los que acudían á escuchar su palabra, que Jesus, sofocado por la jente, dijo á sus discípulos que hiciesen acercar las barcas de Simon y Juan que estaban amarradas. Entró en la de Juan y le rogó que la apartase un poco de tierra, y estando sentado enseñaba al pueblo desde el barco. Dióles algunas de sus grandes lecciones que tenían la virtud de obrar milagros, puesto que convertia á la fé del Mesías los corazones mas endurecidos y obstinados. Y luego que acabó de hablar, dijo á sus discípulos: «Entrad mas adentro y soltad vuestras redes para pescar.» Y respondiendo Simon, le dijo: «Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, sin haber cojido nada: mas en tu palabra soltaré la red.» Y cuando esto hubieron hecho, al querer retirarla de las ondas, estaba tan cargada de peces que se rompian las mallas. Hicieron señas á los otros compañeros que estaban en el otro barco, para que viniesen á ayudarlos. La pesca fué esta vez tan abundante, y de tal manera llenaron las dos barcas, que casi se sumerjian. Y atónito de esto Pedro, así como los demás discípulos, se arrojó á los pies de Jesus diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador.» Pero Jesus respondió con bondad: «No temas; desde aquí en adelante serás pescador de hombres; los conservarás en los viveros de la Fé, de la Esperanza y de la Caridad, y les enseñarás á pesar sus actos en la balanza de la justicia.»

EL ANJEL Y EL PEGADOR.

Rubia como el tibio rayo
que el sol de su disco arroja
cuando poderoso rasga
las negras nocturnas sombras,
los ojos vertiendo vida,
cual dos rubias la boca
que cuando tierna respira
impregna el aura de aroma,
con un corazon de fuego,
y unas mejillas de rosa,
de las hermosas de España
es Blanca la mas hermosa.
Hala educado su padre
retirada y casi sola
en el estrecho aposento
de una celda religiosa,
y así ni el mundo conoce
ni sabe mas de sus formas
que las que leyó en los libros
de religion de las monjas.
Por eso cuando á su casa
volvió feliz y gozosa,
pues quien ignora que es mundo
del dolor la senda ignora,
era tan cándida su alma,
su faz tan encantadora,
que mas de cuatro donceles,

y beldades no una sola,
á sus pies rindieron parias
con admiracion forzosa;
aquellos de su belleza,
de su candidez estotras.
Por eso cuando amorosos,
meliflúos cantos entonan
al pie de su densa reja
al mediar la noche lóbrega,
ó cuando henchido en deseos,
con palabras fervorosas,
apasionado y ardiente
un manco la enamora,
ni sus dicciones comprende
ni su rostro se sonroja,
pues quien tiene puro el pecho
tiene risueña la boca,
que es el rubor en las niñas
enseña que asaz pregona
que pues su expresion comprenden
la causa del mal no ignoran,

—
Es una noche sombría;
cansada del sol la tierra
cuantos líquidos encierra
en vapor al cielo envía.

En una alcoba alabrada
por una lámpara oscura,
cuya luz vaga insegura

por la pared derramada,

Una bella en un sillón
alimenta su desvelo
la vista elevando al cielo,
la mano en el corazon.

Tal vez en sus ojos brilla
ráfaga brillante y breve
como pensamiento leve
que ajita su alma sencilla.

Tal vez se advierte en su faz
expresion hermosa y clara
cual memoria que pasara
de alguna dicha fugaz.

Pero pronto con despecho
quita simulando enojos
del cielo los negros ojos,
la blanca palma del pecho.

Y con gracioso mohín
que bien á su boca asienta
vuelve otra vez y se sienta
al fondo del camarín.

Es Blanca; que, bien que cuerda
y cándida en demasía,
palabras que oyó algun dia
plácidamente recuerda:

Pues aunque pura su sien,
y su pecho sin engaños,
tiene al cabo quince años
y es bella su faz tambien.

De un doncel la jentileza
prendó su alma candorosa,
que al mirarla tan hermosa
dobló á su amor la cabeza.

Mas con tal fuerza logró
cautivar su pecho fiel
que ya solo piensa en él
desde el punto en que lo vió.

No sabe mas la heldad
del galan aventurero
que es rico y es caballero
de valía en la ciudad.

Que fama de osado goza
y valiente hombre con hombre,
y que don Luis es su nombre
y su apellido Mendoza.

Pero él mas canto ó sutil,
al par de galan con ella,
sigue constante su huella
por medio de espía vil.

Sabe, pues su corazón
lo indagó con afán ya,
que á distinta calle da
de su aposento el balcón.

Y no una vez en su mente
pensó el galan disoluto
en robar por él el fruto
de su hermosura inocente.

Que el amor es, segun creo,
entre la canalla impura
pasion que tan solo dura
hasta el logro del deseo.

Mas tambien para su mengua
la virtud salva á la bella
que no es posible con ella
soltar impura la lengua.

Tal vez arriesgar osó
alguna voz silenciosa;
mas no le entendió la hermosa
ó no entenderle finjó.

Que estos dos los medios son
por que puede una mujer
tan solamente tener
limpia su reputacion.

Por eso indica su frente
de la duda hoy la señal,
pues ve el amago del mal
si es verdad que no lo siente.

Acaso no es tan solo esto
lo que conmueve su sien,
y veis con desden mi frente
muestra que duda su jesto.

Que ha poco en la calle oyó
rumor de música blanda,
que como amante demanda
hasta su oído ascendió.

Y entonces creyó escuchar
de su amante los acentos
entre el rumor de los vientos
y de una guitarra al par.

Abrió la bella el balcón,
y vió solo en la ancha vía
á la luna que corría
á los brazos de Endimion.

No sonaba otro rumor
que el de la nocturna brisa
que divagaba indecisa
de las casas en redor.

Ni mas luz se divisaba
que la que clara y brillante
en la ciudad el radiante
astro de paz derramaba.

Inquieta volvió á su silla,
y con hielo desigual
una palidez mortal
se estendió por la mejilla,

En esto escuchó otra vez
muda al pie de la ventana
y en la torre mas cercana
un relój sonó las diez.

Y al dirijirse al balcón
con paso y semblante incierto
miró saltar encubierto
un hombre en la habitacion.

Los ojos medio cerrados,
descolorida la boca,
entrecortado el aliento,
pálida la faz de rosa,
palpitante el albo seno
que fue del márfil lisonja,
en un sitial cayó Blanca
desolada y temblorosa.

La capa con pronta mano
tiró don Luis de Mendoza
y así á su adorada dice
como quien humilde implora:

— Blanca hermosa, si mi vista
de tal suerte os acongoja,
el balcón aun está abierto
y aun está la calle sola.

Mas tened piedad de un triste,
y considerad, señora,
que mayores osadías
ardiente el amor abona.

— Don Luis, quien de caballero
y de valiente blasona
ni así escala los balcones
ni penetra en las alcobas.

— Ah! deponed el enojo
y tomad mi vida toda,
que sin vuestro amor la ofrenda
es en verdad harto corta.

Tornad ácia mi esos ojos
de que el sol sus rayos copia,
y en vuestros labios discurra
la sonrisa veleidosa.

No me respondeis? airada
espresion vuestra faz toma,
y veis con desden mi frente
que á vuestras plantas se postra!
Por Dios! que me equivoqué
al ver vuestra faz, señora,
en juzgar tan tierno el pecho
cual es la sonrisa hermosa.
Torpe andave, mas yo os juro
enmendar mi yerro ahora,
y huir de vos donde pueda
mi engaño llorar á solas.

Calló. La luz de la luna
que en medio de nubes flota
en la estancia penetrando
su rostro grave colora.
Ajita el viento los rizos
de su cabellera blonda,
y chispea de sus ojos
la lumbré fascinadora.

Rompe otra vez el silencio
que Blanca cruel prolonga,
y con pecho enternecido
y con iras engañosas
ora amenaza desdenes,
ora favores implora.

Mas ay! que son sus furores
y sus quejas cariñosas
redes que tiende el malvado
á la cándida paloma,
fuegos fútnos que destumbran
su sencillez candorosa
para robarla atrevido
la flor que su frente adorna.

La infeliz ya por mas tiempo
no pudo guardar la cólera,
y con voz apasionada,
trémula, gritó á Mendoza;
— Tenéos!

Y al verle presto
tornar la planta gozosa,
asi prosiguió entre el llanto
que sus razones aboga:

— No os merecia siquiera
la dama que en vos adora,
y diera por vos mil vidas
si una sola fuera poca,

que por vuestro amor las órdenes
de un padre anciano viola,
y mancha sus blancas canas
con su pasion vergonzosa,

no os merecia la triste
que aliviaseis sus congojas
en vez de ulcerar su herida
con injurias dolorosas?

O hice mal en reprobaros
la accion que mis ojos lloran?
— Blanca mia!

— Idos que sois
ingrato á fé.

— Blanca hermosa!
— Si tan grave fué mi falta
y mi audacia fué tan loca
harto mi pasion ardiente
en favor de ellas aboga.

Mas desechad el enojo
que nubla esa sien dichosa.
Gozemos, luz de mi vida,
estos instantes de gloria

sin que los turben impios
sueños que el dolor aborta.
Que harto cuando el sol ardiente
bañe la ciudad grandiosa

podrán llorar nuestros ojos
la rapidez de las horas
que en separarse complacen
coracones que se adoran.

— Cuánto el mio se estremece,
don Luis, y cuanta ponzoña
derrama en él de su antigua
inocencia la memoria!

Oh! Dios! yo que retirada
feliz vivia y gozosa
en el sacrosanto albergue
de una mansion alijiosa,
cómo pude, miserable,
dar oído á amantes trovas
y á palabras que en sus alas

lleva el viento y evapora?

—Templa tu dolor, mi Blanca,
que si mas tus ojos lloran
harán que cese en mi pecho
toda esperanza amorosa.
Mira la yedra que crece
de olmo copudo á la sombra,
que estiendo sus densas ramas
interceptando la atmósfera,
como con sus tiernos brazos
le entrelaza y aprisiona
y mutuamente se prestan
él sosten, ella corona.
Mira la rosa temprana
que en verjel ameno brota
cuán nana aspira el beso
de la brisa juguetera
y cuán amante recibe
en su pintada corola
el fecundante rocío
que el alba naciente llora.

Amemos, hermosa mía,
como la yedra y la rosa
y como ellas gozaremos
en delicia encantadora.
Si vieras con que demencia
postrado en el lecho, á solas,
del amor siento en el pecho
la fiebre devastadora!
Cómo mi pecho palpita
y mi mente se aconjoga
pensando en tí, Blanca mía,
de mi vida luz y gloria!

Entonces calenturiento
creo estrecharte en las sombras,
y siento tus tiernos brazos
ceñir mi sien ardorosa.
Y por mirarte á mi lado,
Blanca, cual te miro ahora,
daría toda mi vida
y mi esperanza en la otra!!

—Ah! no blasfemeis!

—Delirio!

—Blasfemo!!

—No, encantadora;
que tú eres el Dios tan solo
en quien el alma se arroba.
—Qué horror!

—Juzgabas acaso
que era mi pasión tan corta
que le bastasen los lazos
de vulgares ceremonias?
Juzgabas que este torrente
que muje en mi pecho ahora
respetará impetuoso
diques que el terror le forma?

—Don Luis, piedad de esta triste
que otros sin morir osa!
ah! piedad!!

Y en una silla
de damasco y de caoba
cayó, los ojos errantes,
convulsiva y temerosa.
—Ténla tú de mí! sé mía,
tú, la mas divina joya
de cuantas ardiente madre
natura en su seno forma.
Por qué no? todo en el mundo

del amor existe y goza.
Ama el arroyo su orilla,
el aura besa la rosa,
mece al sol entre sus brazos,
esposa amante, la aurora;
y cándida Filoméla
de amor en los bosques llora.
Y quieres que el Dios benigno,
que de tu luz te corona,
tan perfecta te formase
para no amar como todas!
Ah! sé mía, Blanca, Blanca,
tenga ese amor que pregonas
piedad de mi amor de fuego
antes que mi vida roa.
Sé mía, sé.....»

La palabra
helada espiró en su boca,
y las amantes razones
trocaróse en voces roncás:
crispadas entrambas manos,
desencajadas las órbitas,
lanzaba á la triste Blanca
miradas vagas y torvas;
en vano esforzarse intenta
que la lengua mentirosa
fuera de los labios salta
entre ansias mudas que asombran!
Un dolor intenso, horrible,
las entrañas le destroza,
y sus faeciones contrae
y sus brazos aprisiona.
«Infierno! muerte! mi Blanca!»
con voz jedgeante y sorda
dice y sobre el pavimento
su cadáver se desploma.

Mas allá la triste Blanca
del espectáculo absorta
al pie de una santa imájen
divino favor implora;
y es fama que cuando jente
al ruido acudió á la alcoba
dos cuerpos halló sin vida,
que Dios en su misteriosa
justicia llévoe un ánjel
á partir con él su gloria,
y un diablo mas al infierno
despachó, donde hartos sobran!

ADVERTENCIA AL QUE LEE.

El que cuatro pliegos llena,
y luego no dice nada
y á un periódico condena
á publicar su exótica ensalada;

El que, *corrente cállamo*,
traza un cuento de amores,
y al pie del mismo talamo
los interlocutores
mata porque se dicen cuatro flores;

Y luego no lo explica,
y á lo mejor lo deja
y al cielo envia la chica
y al infierno al galán porque se
queja;

Dí, lector, qué mercede?
ya tu sentencia escucho,
y por dura me escudece,

que como autor no ducho,
cuanto llevo á escribir aprecio en
mucho.

Mas como solo versos
te doy, y ya me pesa,
si los juzgas perversos
tíralos sin piedad bajo la mesa.

I. J. ESCOBAR.

LIBRO DE MEMORIAS.

MASCARAS. — Triste en verdad ha
sido el carnaval de 1843! Sean las
circunstancias, sea el temporal la
causa, ello es cierto que hacia mu-
chos años no se veia tan poca vida,
tan ninguna animacion. La noche del
martes que se presentó despejado el
cielo, y por ser quizá tambien la últi-
ma, ha sido cuando mas se ha adver-
tido el bullicio del carnaval, pero de
todos modos los bailes públicos este
año han presentado lastimoso as-
pecto. En cambio el baile de ca-
rácter dado el domingo por la se-
ñora condesa de M...o ha sido la no-
vedad brillante de la temporada. La
órden rigurosa era presentarse de
disfraz sin careta, órden á que se
contravino por muchos, que si en las
señoras pudo ser disculpable porque
los trajes de sério de algunas valian
tanto como los mas costosos de ca-
rácter, en los hombres no cabe nin-
guna disculpa, porque el miserable
frac negro, que lo mismo entra en un
duelo que en un sarao, debía que-
dar proscrito de una reunion en que
solo la riqueza y suntuosidad admit-
tian cabida. Habia cuatro cuadril-
las principales: una de CRACOVIANOS
dirijida por la señora Petit; otra de
ZSCOVANOS ensayada por el señor
Rouquet; otra compuesta de las
nueve musas y dirigida por el señor
Massini; y finalmente la de ALBA-
ÑANES ensayada por el señor Fer-
ranti. Ademas una á lo Luis XIV, y
otra de MARAGATOS que no estaban
ensayadas para baile. En todas ellas
habia trajes notables, é independi-
entamente de estas cuadrillas ha-
bia disfraces de riqueza suma y es-
merada elegancia. No citamos nom-
bres, porque creemos que las cos-
tumbres no están aun tan adelanta-
das entre nosotros que permitan sa-
car á luz pública individualidades
que no quieren se las saque del cír-
culo en que particularmente brillan.
En palacio ha habido tambien baile
de carácter el martes, pero baile mo-
desto, como son las fiestas de los
alcázares réijos en la moderna Espa-
ña, sombra raquítica de lo que un
tiempo fueron! La reina vestia de
griega y su hermana de jardinera.
MADRID: IMPRENTA DEL REFLEJO.